



**Jesús G. Maestro**  
*Contra las Musas de la Ira. El Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura*  
Oviedo  
Pentalfa Ediciones  
2014  
460 páginas

Rodrigo Montenegro<sup>1</sup>

### Querellas de la teoría literaria contemporánea: entre Babel y la Academia

El libro de Jesús Maestro, *Contra las Musas de la Ira. El Materialismo Filosófico como Teoría de la Literatura* (2014), se sitúa entre la polémica, la argumentación sistemática y la preocupación por el presente de la teoría literaria; a partir de estos modos discursivos ordena un estudio con declarada voluntad teórica. El trabajo crítico de Maestro es el resultado de la aplicación del *materialismo filosófico*, circunscribiendo su sentido al sistema de pensamiento elaborado por el filósofo Gustavo Bueno, de quien se reconoce discípulo; con lo cual, su teoría se inscribe decididamente en el campo académico español, referencia ineludible en la

configuración de su perfil crítico. Esta distinción –subrayada por el propio autor– adquiere cierta relevancia, especialmente en pasajes decididamente controversiales donde Maestro polemiza con la academia norteamericana, el pensamiento francés y el “tercer mundo semántico” (10).

Las tesis fundamentales de su teoría se despliegan como una aguda crítica hacia el estado actual del pensamiento contemporáneo caracterizado, en modo general, como posmoderno; sin embargo, la descripción de esta categoría crítica resulta problemática. Maestro argumenta contra diversos autores (Barthes, Derrida, Vattimo) y proyectos teóricos singulares,

---

<sup>1</sup> Profesor en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Becario doctoral de CONICET. Mail de contacto: rdmontenegro@gmail.com.

considerándolos responsables de una confusión generalizada en el estado actual de la teoría. En este sentido, la actitud polémica del autor describe el presente desde una perspectiva abiertamente pesimista, en términos de contexto de una depresión académica, económica y política generalizada. De esta manera, frente al desorden posmoderno y denunciando toda retórica de inspiración sofística, Maestro propone un sistema de pensamiento crítico, dialéctico, científico y racional. Así, entre los múltiples epígrafes que se diseminan en el libro, es en la apertura donde se *materializa* su filiación teórica y la declaración política de su propia teoría: “Debe lucharse con todo el razonamiento contra quien, suprimiendo la ciencia, el pensamiento y el intelecto, pretende afirmar algo, sea como fuere” (6). El fragmento del *Sofista* ordena la actitud crítica del libro; Platón aparece en escena como el garante de un saber filosófico racional que, sin embargo, no renuncia a la polémica. Consecuentemente, la Razón se emplaza en el centro de la propuesta teórica de Maestro como una potencia ordenadora de sus argumentos, incluso de la propia literatura. En este sentido, su teoría literaria se plantea en tanto regreso a la racionalidad del *logos* platónico atravesado por una profunda consideración materialista; de ahí, la búsqueda por un estudio científico de los materiales literarios y el esfuerzo crítico que duda en comparar las valencias de la química molecular con las sílabas métricas del endecasílabo. La ciencia –práctica del conocimiento– y la razón –garantía final de los productos de la cultura– disponen, según Maestro, tanto una exigencia como una resistencia: “El pensamiento científico no es soluble en la corrección política y en sus imperativos contemporáneos” (8). Por lo tanto, la polémica contra el posmodernismo y los estudios culturales

adopta la forma de una teoría de la literatura de orientación científicista, en un paradójico neopositivismo que, no obstante, se encuentra anclado en una visión profundamente negativa de su contexto de producción.

Tanto la teoría como la crítica literarias –dispuestas según su acercamiento hacia la *Idea* de los materiales literarios– se rigen, según Maestro, como contribución al progreso del saber racional. De esta forma, los materiales que definen el campo de la literatura se designan clara y taxonómicamente: autor, obra, lector y transductor o crítico –este último, como lector formado y especialista, es quien interpreta la totalidad de los fenómenos del campo–. Resulta evidente que esta taxonomía *materialista* asigna lugares, roles y define identidades, y al mismo tiempo, compone una imagen estable y cristalizada del orden literario como estructura institucional. Así, frente a cualquier inestabilidad epistemológica Maestro restablece el rigor científico de estas categorías y sus lugares en la construcción (imaginaria) de su teoría. En definitiva, su discurso teórico se construye como un regreso hacia el pensamiento platónico-aristotélico a través del materialismo de Gustavo Bueno, donde se representa la propia práctica como sistema de conocimiento ordenado, sistemático, dialéctico, científico, civilizado, heredero de la tradición racionalista y enemigo de toda ideología. En este sistema neoplatónico y materialista (profundamente preocupado por los materiales referenciales del campo y el lenguaje literario) la crítica literaria adquiere la función de interpretar e higienizar las *Ideas* literarias: “purificando racionalmente tales Ideas de la deturpación *doxográfica*, *ideológica* y *moralista*, cloaca de mitos, ideologías y vulgaridades

de toda índole que se vierten sobre los materiales literarios, y que deforman inaceptablemente su interpretación científica (23)”. A partir de este contexto, la literatura se representa como una Idea (mayúscula) ordenada y estable, entendida en tanto “construcción humana y racional” donde a los materiales lingüísticos se les “confiere un valor estético y otorga un estatuto de ficción” (62); y consecuentemente, autor, obra, lector e intérprete establecen una rígida relación con estos materiales. En este sentido, la finalidad del arte, según Maestro, se limita a una consideración donde el humanismo racionalista se traba con criterios normativos que pautan el orden de la lectura y la interpretación.

El enemigo explícito contra quien embiste Maestro en su elaboración teórica se encuentra en “la retórica posmoderna contemporánea” (7); y en gran medida, sus argumentos se fundan en la exposición crítica sobre una noción de posmodernidad concebida como trama cultural e intelectual. La figuración adversativa que se inscribe en el título busca representar un cuerpo heterogéneo de pensadores y teorías; y la posmodernidad se comprende como la deformación de un discurso teórico iniciado en el siglo XVIII en la estela del Romanticismo. Esta genealogía de doscientos años configura el linaje donde se perfila un tipo de discurso y una política de la identidad en conflicto con la perspectiva de Maestro. De hecho, su evaluación negativa del presente de los estudios literarios –“Esta obra se publica en uno de los momentos más depresivos de la historia académica contemporánea” (7)– se encuentra trabada, necesariamente, con su perspectiva hacia esta problemática noción de la crítica cultural: “El pensamiento posmoderno ha sido el principal responsable de este deterioro y de esta degradación. He aquí el triunfo de

Babel” (429). La posmodernidad –figurada a través de una Babel de discursos y teorías– es descripta entre estertores y agotamientos. Finalmente, esta fisura de las taxonomías genéricas es estabilizada en una serie de nombres propios asociados al posestructuralismo; así, la deconstrucción de Jacques Derrida y la teoría del texto de Roland Barthes son las representaciones antagónicas de su propuesta. Por supuesto, cabría preguntar hasta qué punto la polémica encarada por Maestro se encuentra orientada hacia una revisión crítica de las figuraciones del posestructuralismo y cómo estas querellas dan forma a un reclamo de legitimidad y visibilidad sobre una idea de literatura; incluso cabría revisar la problemática asociación entre posestructuralismo y posmodernidad como tópico cristalizado del discurso crítico. En todo caso, las metáforas epistemológicas y procedimientos teóricos asociados al posestructuralismo –la muerte del autor, la diseminación, los dispositivos– son denunciados como meros recursos de una retórica sofística. Sin embargo, la crítica hacia el supuesto irracionalismo posmoderno no se detiene en la teoría francesa y se pronuncia contra Heidegger, Adorno, Vattimo, Eco, Jaus, contra el Formalismo ruso, la estilística, el *New Criticism* y el Estructuralismo (degenerado, finalmente, en Posestructuralismo).

Tal vez el punto más ecléctico de la revisión crítica de Maestro se encuentre en su perspectiva de la literatura comparada, la cual es planteada como método de interpretación a partir de una relación crítica (racional, lógica, sistemática) de los materiales literarios (autor, obra, lector, transductor) y su campo. De esta forma, se manifiesta contra cualquier tipo de comparación que se aleje de estos términos analíticos. Incluso se señala el método de

la literatura comparada emplazado en el pensamiento posmoderno como parte de una falacia: “la isovalencia de las culturas” (428). En este sentido, su crítica es, al mismo tiempo, una crítica institucional hacia los teóricos inscriptos en la academia norteamericana –cuyo ejemplo paradigmático se encuentra, una vez más, en Derrida–. En este sentido, los discursos asociados a la Babel posmodernista dialogan y se inscriben en “las infraestructuras del Imperio Estadounidense” (425) para ejercer una “nueva forma de colonización” (425), a través de una perspectiva comparatista europea. No obstante, Maestro agrupa dentro del presente posmoderno la singularidad de múltiples trayectorias divergentes, de modo que su gesto contra la corrección política se formula como recelo hacia una serie de “grupos minoritarios actualmente operativos, sectas feministas, nacionalistas, culturalistas, neohistoricistas, indigenistas, *et altera...*” (425). En definitiva, una compleja trama de prácticas críticas que se reduce a una acumulación de sectas, las cuales “operan en el tercermundismo” (425). Es evidente que la lectura de Maestro resulta, al menos, reductiva y problemática; mientras se consideran los trabajos de las teorías de género y los estudios culturales (entre múltiples proyectos teórico-críticos) como meras *ideologías* sin rigor crítico, por otro lado se propone un regreso al racionalismo positivista. Del mismo modo, frente a la deconstrucción derridiana se aboga por un retorno a los *referentes reales* de la materia literaria; así, la teoría del lenguaje, los sujetos y sus complejas relaciones sociales, imaginarias y políticas se concentran (se limitan) hacia la verificación analítica de una realidad material.

Literatura e historia son interpretadas por Maestro desde una vocación científica que aísla sus materiales de todo componente extraño en una nueva especificidad que se aparta de cualquier régimen sensible. Por eso, su rechazo hacia una estética heterónoma y una historia considerada como práctica de la memoria (en nota al pie, Maestro deja explícita su molestia por la Ley de Memoria Histórica española). Sin dudas, su mirada polémica encubre una política de la teoría –y de la literatura– donde se visualiza el resabio de las poéticas preceptivas y los estudios filológicos; pero al mismo tiempo, su teoría advierte –a pesar de su intencionalidad polémica– la dinámica de los estudios literarios y culturales en un marco amplio y complejo, en el que los índices referenciales en la interpretación de la obra de un autor resultan insuficientes para pensar la literatura como conjunto de textos, experiencias y condiciones de visibilidad en el trama social y política contemporánea. En definitiva, la polémica teoría literaria de Jesús Maestro intenta una crítica sobre el presente del pensamiento y resulta una indagación crítica sobre la problemática noción de posmodernidad. En su itinerario se postula la restauración de un orden racionalista fundado en el materialismo filosófico de Gustavo Bueno; es decir, una forma específica de materialismo que no se pregunta por las condiciones de producción, ni por los sujetos que pueblan el espacio, ni por las tramas sensibles –construidas de imaginarios y representaciones–. En su lugar, se niega la formación de experiencias disidentes a favor de una literatura concebida como “Poética de la Razón humana” (112). Por consiguiente, Maestro se enfrenta a las estructuras del sentir que emergen de las prácticas teórico-críticas de los estudios

culturales y deconstructivos, para dar forma a una teoría que se cristaliza en la tradición platónica y describe un escenario contemporáneo donde no cabe “esperar absolutamente nada” (430). Tal vez pueda considerarse frente a esta política pesimista

de la teoría literaria, la construcción de un espacio en disidencia –en el sentido de ejercicio del malentendido y el disenso– que se emplaza en la confusión de Babel para producir una crítica como experiencia del presente.